

John Eastwood & Clint Huston

■ Rafael Sañudo

■ Tras ese rostro erosionado como las gigantescas piedras de Monument Valley, que tantas veces utilizó el maestro Ford de telón de fondo para míticos *western*, y curtido como el cuero de la montura de Ringo Kid en *La diligencia*, se esconde uno de los Directores (sí, con mayúscula, el resto son casi sin excepción sólo directores) con mayor sensibilidad y oficio de las últimas décadas: Clint Eastwood.

Mirándole a los ojos, que son dos navajazos, jamás lo hubiésemos sospechado. En nuestra memoria colectiva es el implacable Harry, el más sucio. El más duro. Y remontándonos un poco más allá, a la árida y virgen Almería de finales de los sesenta y primeros setenta, un atractivo y silencioso psicópata que no decía más de un puñado de frases en cada una de las películas en las que ejercía de protagonista: las tres que componen la trilogía de los *spaghetti western* de Sergio Leone. Al hablar, y hablar es un decir (valga la redundancia y el doble sentido), no abría los labios lo suficiente como para que se le cayese la brizna de hierba o el pitillo que aprisionaban sus dientes. Era como si fuese el ventrílocuo, y el muñeco que hacía hablar de verdad era sólo su revólver, que abría mucho la boca, con frases cortas y claras. Un 45 con una dicción perfecta: monotemática y monosilábica.

Eastwood ha resultado ser, con el paso de los años y muchas películas, un realizador a la antigua usanza. Un tipo con olfato y con oficio que ha sabido combinar con sabiduría el mal calificado "cine americano" con el cine de autor más asociado al "cine europeo". Y digo mal calificado, pues es el gran cine comercial al que hacen referencia los que lo critican (no sólo el fabricado en Hollywood), el que no olvida la regla fundamental que rige la magia que se produce en esas salas oscuras donde el tiempo se suspende y nos vemos iluminados por los reflejos de la pantalla, de otras vidas, de otras historias, y es que el cine ha de entretener. Para eso hay que tener las tablas que tenían los viejos maestros, casi mayoritariamente europeos (Lubitsch, Wilder, etcétera), que encontraron en Hollywood la libertad necesaria y las condiciones oportunas para contar sus historias. Sólo necesitaban cumplir un mandamiento: no aburrirás. Pero los que atacan tan tontamente el cine americano seguramente lo ignoran. Son a la fuerza de los que piensan, con su estrechez de entendederas, que en Estados Unidos la gente se alimenta exclusivamente de hamburguesas...

El autor es diseñador y realizador.

La carrera de Eastwood como director ha sido un largo camino y una larga paciencia. En estos tiempos que corren de niños prodigio y lumbreras precoces, en los que se nos vende un Orson cada 15 minutos, es, como poco, refrescante encontrar una trayectoria tan sólida y reposada como la suya.

Su cine, y en menor grado su trayectoria vital, me recuerdan felizmente a quien siempre he considerado, si no el mejor, sí mi Director favorito de todos los tiempos, y una vez más incurro deliberadamente en delito ortográfico al mayuscular la "D" de director. Puede que otros le hayan superado como hombres-orquesta: guionista-productor-montador-director-autor-de-labandasonora-etétera-etétera, pero ninguno, a mi juicio, se le aproxima como animal cinematográfico capaz de dirigir todos y cada uno de los géneros con maestría: desde el cine negro en sus orígenes (*El halcón maltés*), pasando por la comedia (*El honor de los Prizzi*), el drama (*Fat City*), el cine de aventuras (*El tesoro de la Sierra Madre*), el de época (*Paseo por el amor y la muerte*), los musicales (*Moulin Rouge*), hasta las piezas teatrales (*La noche de la iguana*, de Tennessee Williams). Y como hilo conductor en tantas de sus películas, la adaptación a la gran pantalla de los clásicos de la literatura universal, siempre tan delicada y compleja. Me refiero, por supuesto, a John Huston.

Desconozco el grado de influencia que pudo tener en el cine de Eastwood el cine de Huston, pero se me antoja mayúsculo. Veo en las películas de Eastwood una continuación plagada de similitudes y paralelismos con la obra de Huston, aunque jamás incurra en el plagio. Cada uno tiene su propio encuadre y visión sobre unos personajes y una temática comunes. El vaquero oxidado de *Sin perdón* recuerda en su sociedad, junto al personaje encarnado por Morgan Freeman, a la amistad irreductible que hay entre Sean Connery y Michael Caine en *El hombre que pudo reinar*. Es el boxeador fracasado y soñador de *Fat City*, interpretado por Stacy Keach, al que, sospecho, rinde homenaje en *Million Dollar Baby*. Ambos directores poseen un amplio y rico manual de perdedores. Héroes que lo son más por su capacidad de entrega, por su ilusión teñida de escepticismo y su sentimentalismo bañado en amistad, que por sus habilidades heroicas de por sí. Son todos fracasados con una fe grandiosa en sí mismos, con una aceptación sin reservas de un destino que todos saben fatal: desde Peevie en *El hombre que pudo reinar*, hasta el fugitivo que encarna Kevin Costner en *A Perfect World*. Son personajes insensatos, rebeldes, infantiles y valientes, que jamás pierden la sonrisa ni la inocencia.

Hay algo sorprendente en la carrera de ambos que es lo que los hace para mí Directores por antonomasia, y es la inmensa variedad de su obra, su capacidad de riesgo y atrevimiento, el no caer en el cine de fórmula cuando han cosechado un éxito con un género como hacen tantos otros, además de la habilidad antes mencionada de unir cine comercial y de autor en una sola cinta. El cine es, al fin y al cabo, un arte que necesita de público para ser arte. Una película con un patio de butacas vacío deja de ser una película y desaparece para siempre.

Los dos llegan a su oficio ya maduros y tras haberse desarrollado como individuos de mil y una maneras. Huston, que nació en una familia de actores de origen irlandés, fue actor, guionista, cazador, bebedor, jugador y mujeriego hasta la saciedad. Nunca tuvo prisa por llegar a

ninguna parte. Es más, siendo ya director, antepuso otras pasiones a la dirección en más de una ocasión. Durante el rodaje de *La reina de África* se ausentaba días enteros del rodaje para ir a cazar a remotos parajes, obsesionado con la captura de un gran elefante y para desesperación de su sufrido productor. Ya volveremos sobre ello. Cómo se gestó su primer largo, *El halcón maltés*, es un monumento a la picardía. Lo narra él mismo en su deliciosa autobiografía, seguramente exagerando como todo buen escritor. Cuenta que una tarde de viernes entregó la novela de Raymond Chandler a su secretaria para que la transcribiese a formato guión durante el fin de semana, pidiéndole que se abstuviese de tocar una sola coma de los diálogos, y se marchó a pescar a México... Sabía bien a quién encomendaba la faena, pues no sé si esa anónima secretaria acabaría ganando o estando nominada para algún que otro Oscar por sus guiones. La película es el anticine. Una película de acción que se basa casi exclusivamente en diálogos interminables y rapidísimos, a cual más ingenioso. Huston se había dado cuenta del poderío y frescura que escondían los diálogos de Chandler y optó por dejarlos intactos. Volvió de Puerto Vallarta el lunes y a los pocos días comenzó el rodaje. Cuánto hay de verdad y cuánto de mito no lo sabremos jamás, pero la lección está clara: cuando algo funciona, no lo arregles.

Me contó en una ocasión William Asher, creador de *I Love Lucy* (el programa de televisión que cuenta con más reposiciones en la historia de la TV estadounidense) que la escasez de ideas, y específicamente de buenos guiones, es tal, que si uno circulase por las autopistas de Los Ángeles con un buen guión bajo el brazo y lo tirase por la ventana del coche, sólo habría una cosa segura: esa película se rodaría. La anécdota viene a ilustrar la importancia que tiene para el cine el guión. El mismo señor Asher afirmaba que con un buen guión podrías hacer una buena o mala película, pero que con un mal guión sólo había una cosa garantizada: una mala película. Eastwood y Huston lo saben bien.

La trayectoria de Eastwood en lo personal tiene bien poco que ver con la de Huston. Son hombres distintos y han vivido tiempos diferentes. Quizás su despegue como director no sea tan fulgurante como el de Huston, a pesar de que *High Plains Drifter* es una pieza épica. Eastwood forja su carrera inicial explorando un género clásico de Hollywood que el propio Hollywood despreciaba y daba por acabado: el *western*. De la misma manera que Huston ha sabido ir combinando películas descaradamente comerciales con otras piezas más personales. Eastwood dirigió *thrillers* con buen oficio, pero sin demasiado calado, y el propio Huston hizo alguna que otra locura como dirigir *Casino Royale* de la serie de James Bond para Brócoli. Sería en 1985, con *El jinete pálido*, cuando Eastwood daría el primer aviso de lo que sería capaz de hacer con *Sin perdón*, en 1992, para muchos su obra maestra, desde luego la mejor de los muchos *western* que ha dirigido. Pero sería con *Bird*, en 1988, cuando daría su primer gran golpe. El público no sabía del amor de Eastwood por el *jazz*. Ganó en Cannes ese año y se consagró como director. Nadie esperaba de *Harry el sucio* una melodía de celuloide tan exquisita.

Eastwood se dedicó a la política un tiempo, siendo alcalde de Carmel (California) durante varios años. Es un conservador declarado (ultra o neoconservador para sus detractores). Sus

posiciones ideológicas rompen los esquemas de quienes consideran que estas posiciones están reñidas con su arte, y algunos van más allá y estarían del todo complacidos si se le inhabilitase como realizador por sus ideas políticas. Pero es este tipo ferozmente individualista, este *neo-con*, el que hace un poderosísimo alegato a favor de la eutanasia en *Million Dollar Baby*, con rigor y contundencia; y no como *Mar adentro*, llena ésta de trampas intelectuales (un ateo que ve el cielo) y parodias de ciertos personajes, que resulta son las parodias de siempre en el cine de nuestro país: curas autoritarios acompañados de monaguillos libidinosos y jueces en forma de cuervos crueles. Dos guiños más para la galería de tópicos interminables que plagan nuestro cine... En la de Eastwood también hay un cura, y es humano, y limitado, y está permanentemente cabreado con el personaje del viejo entrenador; pero Eastwood lo trata con una ternura y un realismo, con matices y claroscuros, con la profundidad y delicadeza que merece su historia. A pesar de su color político, también se posiciona clarísimamente contra la pena de muerte en *True Crime*, o trata temas tan escabrosos como el abuso sexual de un menor en *Mystic River*. No tiene miedo a pensar libremente.

Huston hizo su carrera a lomos de grandes libros: *El halcón maltés*, *Moby Dick* (hacen falta agallas para atreverse con el épico manuscrito de Melville), *Dublineses*, *La noche de la iguana*, etcétera. Y hay en su manera de trabajar una humildad intrínseca. No pretende ser él el que tiene todas las ideas. Se basta y se sobra con el talento para detectar esas piezas y saber cómo contarlas en vez de preocuparse en dejar su sello personal y tener que inventar cada vez, que es la obsesión de tantos nuevos directores, *la maldita originalidad*, tan nociva para cualquier proceso creativo. Son como perros que tienen que mear en cada esquina y dejar su marca indeleble sin caer en la cuenta de que ya han pasado antes por esa esquina muchos perros antes. El que piense que en cualquier proceso artístico ha dado con una idea única, es decir, original, es lo primero, un arrogante; lo segundo, un ignorante, y lo tercero, un imbécil redomado. Huston es casi más un editor literario y un excelente contador de cuentos, aunque éstos los hayan escrito otros. Un minero literario que sabe dónde escarbar y dónde encontrar la veta. Hubiese sido el abuelo perfecto para cualquier niño, y en el fondo lo fue para muchos de nosotros.

A Eastwood le pasa tres cuartas partes de lo mismo. Ha confesado en más de una ocasión su nula capacidad para inventarse las historias. Es otro buscador de material, que sabe reconocerlo cuando lo encuentra, y ése es el don más valioso. Demasiados directores pervierten el significado de la palabra "dirigir" y la confunden con la palabra "crear". Piensan que un director de cine es un autor, un creador, un artista... cuando lo fundamental de la dirección es la capacidad de explicar, de iluminar el camino a actores y técnicos, de hacer comprensibles las cosas para los demás. El director ha de saber contar a las decenas de personas que componen un equipo de rodaje de qué se trata el asunto, qué se traen entre manos, y a cada uno desde su óptica: al director de fotografía en sus términos, al de sonido o al editor en los suyos, a los actores a través de los ensayos y a través de la exploración del texto y los personajes, etcétera. Y todo eso lo ha de saber explicar no sólo a los que trabajan para él, sino para los que él tra-

baja y le financian: los productores. Pues es el cine un arte complejo que requiere de grandes dosis de dinero para hacerse realidad, y a los mecenas hay que saber seducirlos y venderles la idea. Y que yo sepa, los productores suelen ser, en contra del tópico, amantes del cine y del riesgo, pero con los pies en la cuenta corriente, conscientes de que sin ella no hay película que valga. Y tras saber explicar las cosas a tanta gente, el director ha de saber explicárselas al destinatario final: el público. Es, por tanto, el director el maestro de escuela, el traductor, el guía. No un artista caprichoso y endiosado.

Los paralelismos son muchos más. Ambos dominan otros artes. Huston era un excelente pintor, Eastwood un soberbio compositor y pianista de *jazz*. Si no me creen, escuchen esa sencillísima melodía de piano, tocada a una sola mano, con la que cierra los títulos de crédito de *Million Dollar Baby*. Es de los pasajes musicales que más me han afectado en el cine. Sólo al acabar la película se permite Eastwood hacernos llorar, y lo hace con un trocito minúsculo y repetitivo, como una letanía, que suena sobre una pantalla oscura con los nombres del equipo técnico. Me llamó tanto la atención, que me quedé hasta el final para ver de quién era esa música. Y no soy de los que han hecho un hábito de quedarse sentados leyendo los nombres de trescientos desconocidos al final de una película como muestra de su aprobación. Este asistir a 10 minutos de nombres en una pantalla como forma de aplauso del nuevo cinéfilo me fascina... y me parece una soberana tontuna y muestra de esnobismo.

En realidad podríamos habernos ahorrado este artículo, pues Clint Eastwood dirigió una película en la que interpretó al propio John Huston. Se trata de *Cazador blanco, corazón negro* (1990), que viene a ser casi un documental sobre el rodaje de *La reina de África*. Hace de Huston un retrato inmisericorde y excelente. No cae en la tentación de hacer un homenaje empalagoso de su maestro, sino que nos lo muestra de una manera descarnada, interpretado por sí mismo rayando la caricatura, con todo su talento y toda su brutalidad; con todas las contradicciones que hicieron de él un personaje magnético y poderosísimo (parece que tendremos todos la suerte de poder ver en breve *El otro lado del viento*, durante años secuestrada por problemas legales de derechos, en la que Orson Welles dirige a Huston en el papel de un despótico director de cine, "un hijo de perra como nosotros", tal y como lo describió el propio Welles cuando Huston le preguntó que de qué trataba la película que le proponía rodar). Eastwood hace gala de entender una de las máximas de la buena escritura: si quieres mostrar lo grandioso de un personaje, retrata también sus miserias y viceversa. Un personaje terrorífico lo será siempre más si somos capaces de mostrar el lado humano del monstruo, su capacidad de amar, todo lo que lo hace similar a nosotros. Es esta virtud la que ha hecho que tanta gente haya ensalzado y criticado, en medio de una gran polvareda de polémica, el retrato que se hace de Hitler en *El hundimiento*. Son las contradicciones las que hacen creíbles a los personajes. Y Eastwood lleva esta forma de entender la narrativa y el retrato hasta sus últimas consecuencias. Hace, al final de la película, responsable directo a Huston de la muerte de un hombre (su guía de caza negro) por su propio egocentrismo, por su despotismo. Es absolutamente demoledor.

Son nuestros dos personajes ferozmente individualistas. No se pliegan a los dictados de moda alguna.

Hay un documental que dirigió el hijo de John Huston, Danny, sobre el rodaje de *Los muertos*. En un cierto momento, el viejo director, anclado a la silla de ruedas con su bombona de oxígeno y su enfisema, se quita la mascarilla y enciende un habano. Una periodista que se encontraba cerca se escandaliza:

—¡Pero señor Huston, por Dios, cómo puede usted... en su condición!

Él la mira con esa sonrisa pícaro y traviesa, de niño pequeño atrapado en el decrepito cuerpo de un octogenario, y tras echar una última calada, responde:

—Porque me compensa, querida. Porque me compensa.